

EL EJEMPLO HISTÓRICO EN ANDÓCIDES¹

JUAN CARLOS IGLESIAS ZOIDO
Universidad de Extremadura

1. En un anterior trabajo hemos analizado la función que desempeña el ejemplo histórico en la argumentación de los discursos deliberativos de Tucídides². En aquel lugar ya señalábamos que el ejemplo histórico en general, a pesar de ser uno de los principales recursos argumentativos de la retórica y oratoria griegas, no había sido estudiado en profundidad desde esta perspectiva. Mientras que el interés de la crítica se había orientado hacia cuestiones de tipo teórico³ o histórico⁴, eran escasos los estudios sobre su naturaleza argumentativa, que, a la vez, permitieran indagar en su función y empleo prácticos⁵. Teniendo en cuenta este contexto, el análisis de la fun-

¹ Este trabajo ha sido realizado en el marco del Proyecto de Investigación DGICYT, PB 96-1268.

² Cf. J.C. Iglesias Zoido, «Paradigma y entimema: el ejemplo histórico en los discursos deliberativos de Tucídides», *Emerita* LXV, 1997, págs. 111-124.

³ Cf. K. Alewell, *Über das rhetorische παράδειγμα. Theorie, Beispielsammlungen, Verwendung in der römischen Literatur der Keiserzeit*, Leipzig, 1913, págs. 5-35; B.J. Price, *Paradeigma and Exemplum in Ancient Rhetorical Theory*, Diss. Berkeley, 1975; J.M. David (ed.), *Rhétorique et Histoire. L'exemplum et le modèle de comportement dans le discours antique et médiéval*, Roma, 1980, págs. 1-11 ofrece una visión de conjunto sobre el paradigma y su utilización desde la Antigüedad hasta la Edad Media.

⁴ Cf. M. Nouhaud, *La utilization de l'histoire pour les orateurs attiques*, París, 1981. Desde el punto de vista de la utilización de la historia en general y de los paradigmas en particular en el ámbito de la educación en el mundo antiguo cf. R. Nicolai, «Conoscenza storica ed *exemplum*», *La storiografia nell'educazione antica*, Pisa, 1992, págs. 32-61.

⁵ Cf. K. Jost, *Das Beispiel und Vorbild der Vorfahren bei den attischen Rednern bis Demosthenes*, Paderborn, 1936; L. Pearson, «Historical Allusions in the Attic Orators», *CPh.* xxxvi (1941), págs. 209-229. Más recientemente, un intento de estudio desde esta doble perspectiva lo ofrece C. Natali, «Paradeigma. I problemi dell' agire pratico e l'uso degli esempi in alcuni autori greci

ción argumentativa de los παραδείγματα empleados en los discursos tucidideos proporcionó las siguientes conclusiones:

1) En primer lugar, se destacó la necesidad de estudiar el ejemplo histórico no como un elemento aislado, sino teniendo en cuenta su función dentro del proceso argumentativo del discurso. De hecho, a partir de estos ejemplos tomados de los discursos tucidideos, observamos cómo los paradigmas no sólo son un elemento inductivo, sino que además pueden actuar en algunos casos como una parte de un razonamiento más complejo, el entimema⁶. En esa situación, si se quiere obtener un claro convencimiento del auditorio, es conveniente que los hechos de referencia sean los mejor conocidos o los más próximos al momento en que se pronuncia el discurso⁷. Así se explica que la mayor parte de los ejemplos históricos empleados por los oradores tucidideos se centraran casi en exclusiva en sucesos acaecidos en el período que media entre las Guerras Médicas y el presente más cercano.

2) En segundo lugar, destacamos el hecho de que los razonamientos empleados por los oradores tucidideos eran un claro antecedente, tomado de una obra del último tercio del siglo v a. C., de algunos aspectos teóricos de la normativa aristotélica. Resultaba evidente, por lo tanto, que los planteamientos del Estagirita sobre una de las funciones que pueden desempeñar los paradigmas en el cuerpo argumentativo del discurso no hacían más que retomar y explicar, en el marco surgido por el desarrollo de su lógica, una serie de elementos empleados de un modo práctico e instintivo por oradores previos⁸, tal y como en nuestro caso se reflejaba en los discursos de Tucídides.

del iv seculo a. C.», en A. Pennacini (ed.), *Retorica e storia nella cultura classica*, Bolonia, 1985, págs. 11-27, quien se centra sobre todo en la visión aristotélica del empleo del paradigma y su relación con el uso práctico en los oradores del siglo iv. De hecho, según Natali, Aristóteles reconoce la importancia del paradigma en la deliberación oratoria y lo analiza (págs. 17-18) teniendo en cuenta su funcionamiento argumentativo («dal particolare al particolare, passando per l'universale») y qué tipo de conocimiento se deriva de él: «una conclusione particolare e pratica, cioè un' indicazione per l' agire concreto».

⁶ Sobre el funcionamiento práctico del entimema cf. F. Cortés Gabaudan, «Formas y funciones del entimema en la oratoria ática», *CFC* (Estudios griegos e indoeuropeos), iv, 1994, págs. 205-225, quien cita la principal bibliografía al respecto y ejemplifica la teoría con el análisis de entimemas utilizados por Demóstenes.

⁷ En este sentido, criticábamos el planteamiento metodológico de M. NOUHAUD, *op. cit.*: el establecimiento de límites temporales para poder delimitar qué es un ejemplo histórico y qué es actualidad es algo extraño al propio funcionamiento del paradigma como elemento argumentativo

⁸ Cf. en este sentido F. Cortés Gabaudan, «La retórica aristotélica y la oratoria de su tiempo (sobre el ejemplo de Lisias III)», *Emerita* LXVI, 1998, págs. 339-360, quien defiende (pág. 340) que «Aristóteles se esforzó en elaborar una Retórica que diese respuestas a las críticas platónicas, intentando al tiempo conservar muchos de los elementos de la retórica y oratoria anteriores. La postura aristotélica es un compromiso entre las propuestas normativas platóni-

2. Teniendo en cuenta los resultados a los que llegamos en nuestro anterior trabajo, el siguiente paso de nuestra investigación consistía en comprobar si los datos procedentes de los discursos deliberativos de Tucídides eran confirmados a través del análisis de otros testimonios oratorios⁹. En este sentido, los discursos de Andócides tienen un especial interés. En primer lugar, porque los discursos deliberativos de este orador, pronunciados en el paso del siglo v al iv a. C., son los más antiguos que se conservan y, por lo tanto, los más cercanos a los discursos tucidideos¹⁰. En segundo lugar, porque la crítica, desde Blass a Kennedy¹¹, ha destacado su alejamiento de la oratoria más elaborada de la época. En concreto, Blass¹² ya señalaba en su momento que en el caso de Andócides nos encontramos ante un político y no ante un rétor o un escritor de discursos. Andócides sería exponente de una clase de oratoria a la que entonces y siempre ha pertenecido la mayor parte de oradores públicos, que emplean los recursos más usuales para su auditorio sin un mayor estudio ni recurso a τέχνηαι que ampliasen su talento natural¹³. Esta afirmación, que en cierto modo hemos corroborado en otro lugar¹⁴, tiene especial importancia en nuestro caso, ya que nos proporciona

cas y la oratoria o práctica de los discursos». A. López Eire, «Entre la dialéctica y la política», *Habis* xxx, 1999, págs. 87-110, lleva a cabo un análisis «antistrófico» de los principales pasajes de la retórica del filósofo ateniense en los que se observa la contraposición entre su deseo de configurar un arte retórico en paralelo a la dialéctica y el recurso a (pág. 90) «la pragmática de la retórica estudiada desde el punto de vista del oyente». Desde su punto de vista, su doctrina (págs. 109-110) «se nos aparece como resultado no tanto de una evolución tajante de un polo de su formación (el platonismo) al otro (el empirismo), sino de un desarrollo gradual de dos antinomias subyacentes en su mente que emergieron sucesivamente».

⁹ Según J.C. Trevett, «Aristotle Knowledge of Athenian Oratory», *CQ* 46, 1996, págs. 371-379, Aristóteles tendría un buen conocimiento de todo tipo de discursos, aunque sólo dispondría del texto de los discursos epidícticos al ser éstos los únicos que circulaban por escrito. Sin embargo, lo cierto es que la circulación de discursos tuvo que ser bastante más amplia de lo que piensa Trevett, sobre todo a estas alturas del siglo iv a. C., tal y como señalan F. Cortés Gabaudan y J.C. Iglesias Zoido, «Cronología y función de la publicación de discursos en la Atenas Clásica», en V. Bécars y otros (eds.), *KALON THEAMA. Estudios de Filología Clásica e Indoeuropeo dedicados a F. Romero Cruz*, Salamanca, 1999, págs. 65-73.

¹⁰ En los últimos años se han publicado dos buenos trabajos de conjunto sobre los discursos de Andócides: una edición con comentario de M. Edwards, *Andocides (Greek Orators IV)*, Warminster, 1995 y una monografía de A. Missiou, *The Subversive Oratory of Andokides*, Cambridge, 1992.

¹¹ Cf. F. Blass, *Die attische Beredsamkeit*, Leipzig, 1887 (= Hildesheim 1962), vol. I, págs. 280-295; G.A. Kennedy: «The Oratory of Andocides» *AJPh* LXXIX, 1958, págs. 32-43.

¹² Cf. F. Blass, *op. cit.*, págs. 288-289.

¹³ Cf. en este sentido el testimonio proporcionado por la *Vida de Andócides* escrita por Plutarco (835 B).

¹⁴ Cf. J.C. Iglesias Zoido, «Aproximación a la oratoria deliberativa en el paso del siglo v al iv a. C.: El *Sobre la paz con los lacedemonios* de Andócides», *Minerva* VIII, 1994, págs. 115-134, donde demostrábamos que tanto la τᾶξις como el modo en que se organiza la πίστις tienen interesantes relaciones con la oratoria deliberativa contemporánea.

un punto de referencia no inserto en una obra histórica sino procedente de la práctica oratoria en la asamblea ateniense.

3. Los ejemplos históricos utilizados por Andócides se circunscriben casi en exclusiva a un único discurso: el *Sobre la paz con los lacedemonios*, pronunciado hacia el año 391 a. C.M. Nouhaud¹⁵ ha considerado que en la utilización del ejemplo histórico por parte de Andócides hay un progresivo perfeccionamiento de este recurso en el paso del siglo v al iv a. C. Es por ello por lo que es normal que no exista ningún ejemplo en *Sobre su regreso* —pronunciado entre el 410 y el 406 a. C.—; que haya un único caso en el discurso judicial *Sobre los misterios* (II,106-108) —publicado hacia el 400 a. C.—; frente a lo cual, en su principal discurso deliberativo, *Sobre la paz con los lacedemonios*, se produce un amplio uso de la historia con fines argumentativos. No obstante, desde nuestro punto de vista, pensamos que la causa del diferente empleo de paradigmas en unos y otros discursos se debe más a su adscripción a géneros oratorios distintos que a una posible evolución andocídea. De hecho, como deja claro Aristóteles¹⁶, el paradigma es un instrumento argumentativo más adecuado para su uso en el género deliberativo —que ha de tomar decisiones sobre el futuro tomando como base la experiencia que proporciona el pasado—, mientras que el entimema lo es para su uso en el género judicial. Además, el *Sobre su propio regreso* no es un discurso deliberativo *sensu stricto*: Aunque fue pronunciado ante la asamblea, se trata de una *δημηγορία* que tiene como finalidad la defensa de una cuestión privada, lo que conllevaría un empleo mucho más limitado del ejemplo histórico¹⁷. Por otra parte, los discursos tucidideos, si realmente reflejan los procedimientos retóricos del último tercio del siglo v a. C., contribuyen a desmentir en parte este planteamiento, ya que hemos destacado un uso amplio del *παράδειγμα* previo a la fecha de composición de los discursos de Andócides.

Al igual que ocurre en Tucídides y en la mayor parte de los oradores áti-
cos¹⁸, los sucesos históricos elegidos como modelos pertenecen a la propia historia de su ciudad: la paz propiciada por Milciades, hijo de Cimón¹⁹ (III,

¹⁵ Cf. Nouhaud, *op. cit.*, págs. 41-43.

¹⁶ Cf. Arist., *Rh.* 1418 a 1 y ss.

¹⁷ Dejamos aparte el discurso *A sus camaradas*, panfleto dirigido a los compañeros de una asociación de tipo oligárquico. Cf. Edwards, *op. cit.*, pág. 1, n. 8.

¹⁸ Cf. K. Jost, *op. cit.*, págs. 124 y ss.

¹⁹ Error histórico. Lo correcto: Cimón, hijo de Milciades. W.E. Thompson, «Andocides and Hellanicus», *TAPhA* 98, 1967, págs.483-490, piensa que estos errores se deben a la utilización de sus fuentes. De todos modos, no hay que olvidar que el público ateniense era bastante ignorante de su propia historia cf. H. Crosby, «Athenian History and Athenian Public», en *Classical Studies Presented to E. Capps*, Princeton, 1936, págs. 72-86. Según Edwards, *op. cit.*, pág. 194: «The errors themselves are probably due largely to faulty recollection in Andocides' oral family tradition».

3-5); la embajada en la que participó su abuelo Andócides (III, 6-7) y la paz firmada por Nicias, que puso fin a la guerra arquidámica (III,8-9). Es decir, en los tres casos el orador ha utilizado οἰκεία παραδείγματα pertenecientes a diversos momentos históricos. Siguiendo la tendencia general ya citada, Andócides también deja de lado ejemplos históricos demasiado antiguos, que no fueran bien conocidos por su auditorio²⁰. En cuanto a los múltiples errores que la crítica ha observado en estos paradigmas, lo cierto es que no son tan importantes en el contexto oratorio en el que se pronuncia el discurso. De hecho, no se apartan del comportamiento habitual de los oradores, con respecto al cual el auditorio solía ser bastante tolerante²¹.

Aparte de los παραδείγματα que encabezan la argumentación, Andócides utiliza varios ejemplos históricos con los que refuerza la línea argumentativa mantenida hasta ese momento: cuando se rechazó la amistad del Persa para tomar a cambio la de Amorges (III, 29), o el rechazo a los siracusanos para elegir en su lugar a los egestenses (III, 30) o una alianza poco ventajosa que se mantuvo recientemente con Argos (III, 31). Los tres casos tienen el mismo denominador común: el haberse equivocado eligiendo a los aliados más débiles frente a los más fuertes²², aspecto que es fundamental en el contexto argumentativo del discurso²³.

Mención aparte merece el único ejemplo histórico utilizado en el discurso judicial *Sobre los misterios*. Este paradigma (I, 106-108) ocupa una importante posición en el discurso, ya que el orador lo ha colocado justo después del pasaje (I 105) en el que expone el centro capital de todo el proceso judicial —provocado por la sacrílega mutilación de los Hermes²⁴— en el que se haya inmerso: «el alcance de la amnistía que proporciona estabilidad al actual régimen democrático de Atenas y el respeto a las leyes y decretos que hacen posible una y otro a la vez»²⁵. De hecho, las palabras previas a la introducción del discurso tienen un claro valor generalizador: (105) «El litigio está planteado en torno a mi vida, pero vuestro voto discurrirá, a

²⁰ Cf. L. Pearson, art. cit., pág. 214 y S. Perlman, «The Historical Example. Its Use and Importance as political Propaganda in the Attic Orators», *Scripta Hierosolymitana* VII, 1961, págs. 150-166.

²¹ Cf. L. Pearson, art. cit., págs. 219 y ss.

²² III, 28 ...ὅτι τοὺς κρείττους φίλους ἀφίεντες αἰεὶ τοὺς ἥττους αἰρούμεθα, καὶ πόλεμον ποιοῦμεθα δι' ἐτέρους, ἐξὸν δι' ἡμᾶς αὐτοὺς εἰρήνην ἄγειν.

²³ Cf. el comentario que hemos realizado de este discurso en art. cit. El contexto histórico ha sido analizado en detalle por A. Missiou, *op. cit.*

²⁴ Al respecto, Cf. el reciente estudio de W.D. Furley, *Andokides and the Herms: A Study of Crisis in Fifth-Century Athenian Religion*, Londres, 1996, donde, además de analizar los motivos y hechos concretos de esta profanación, ofrece un estudio detallado de los problemas que plantea el *Sobre los misterios* de Andócides.

²⁵ Cf. J. Redondo, *Antifonte y Andócides: Discursos y fragmentos*, Madrid, 1989, pág. 235, n. 77.

la vista de todos, si hay que confiar en vuestras leyes». En este caso, con la intención de que los atenienses olviden las pasadas discordias y encaren unidos el futuro, Andócides recuerda la actuación de los antepasados (Οἱ γὰρ πατέρες οἱ ὑμέτεροι) tras la tiranía pisistrátida: tras castigar a los culpables, una vez que el peligro del persa se hizo inminente, volvieron a aceptarlos en el seno de la ciudad (III, 108):

Ἔργον δὲ τοιοῦτον ἐργασάμενοι, οὐκ ἤξιώσαν τινη τῶν πρότερον γενομένων μνησικακῆσαι. Τοιγάρτοι διὰ ταῦτα, τὴν πόλιν ἀνάστατον παραλαβόντες ἱερά τε κατακεκαυμένα τείχη τε καὶ οἰκίας καταπεπωκυίας, ἀφορμὴν τε οὐδεμίαν ἔχοντες, διὰ τὸ ἀλλήλοις ὁμονοεῖν τὴν ἀρχὴν τῶν Ἑλλήνων κατηργάσαντο καὶ τὴν πόλιν ὑμῖν τοιαύτην καὶ τοσαύτην παρέδωσαν.

«Ahora bien, después que hubieron obrado semejante gesta no creyeron de razón recordar a nadie los sucesos de antaño con ánimo de perjuicio. Por ello, daos perfecta cuenta, aún habiendo recobrado una ciudad asolada, templos que acababan de ser quemados hasta sus cimientos y muros y casas derruidos por completo, aun sin tener ninguna fuente de recursos, gracias al mutuo consenso obtuvieron por su esfuerzo la primacía sobre los griegos y os dejaron en herencia una ciudad de tal magnitud y belleza²⁶.

4. Pero lo más interesante de los paradigmas empleados en el discurso *Sobre la paz* son los datos que ofrecen sobre la estructura argumentativa de esta alocución, que aporta ejemplos de dos maneras de razonar —inductivamente y, como pudimos comprobar en el caso de algunos paradigmas tucídideos, deductivamente—, lo que nos va a permitir analizar las diferencias entre el historiador y nuestro orador. En el primer pasaje, III, 3-9, nos encontramos ante un simple proceso inductivo. Es decir, el orador parte del recordatorio de diversos sucesos históricos para llegar a una conclusión general. Además, este proceso inductivo es ayudado por la acumulación de ejemplos orientados en la misma dirección²⁷. La estructura seguida por el orador es la siguiente:

1) En primer lugar, las palabras iniciales constituyen la auténtica prótesis del discurso, tal como años más tarde lo entendió Aristóteles al concebir las «partes necesarias» (ἀναγκαῖα μόρια) de toda alocución²⁸. Es decir, el orador ha expuesto directamente lo que constituye el tema central del discurso: «hacer una paz justa es mejor que seguir luchando» (III, 1: Ὅτι μὲν εἰρήνην ποιείσθαι δικαίαν ἄμεινόν ἐστιν ἢ πολεμεῖν). Y es precisamente esta

²⁶ De aquí en adelante seguimos la traducción de J. Redondo, *op. cit.*

²⁷ Sobre los problemas de definición teórica de este proceso argumentativo cf. N. Zorzetti, «Dimostrare e convincere: l'*exemplum* nel ragionamento induttivo e nella comunicazione», en J.M. David (ed.), *op. cit.*, 1980, págs. 33-65.

²⁸ Cf. Arist., *Rh.* 1354 a 13 y b 21.

idea la que va a ser refrendada por los diversos paradigmas y retomada por la conclusión final.

2) Teniendo en cuenta esta afirmación general, con la que Andócides pretende convencer a su auditorio para que firme una paz con los espartanos, la primera sección de la argumentación supone el desarrollo de tres amplios paradigmas²⁹ que hacen referencia a tres sucesos concretos tomados del período de la Pentecontecia, en los que precisamente esa paz de la que ahora se trata aportó beneficios a quienes la firmaron:

a) *Ejemplo I* (III, 3-5): la Paz de Cimón con los lacedemonios³⁰ supuso un claro beneficio para la ciudad: El orador pasa revista a cuantos bienes obtuvo la ciudad y el pueblo con la consecución de la paz³¹: la edificación del sistema de murallas ateniense, incluidas las que llegan hasta el Pireo y la construcción de una flota. Por si no hubiera quedado claro a los receptores, Andócides pone fin a la sección exponiendo la idea de que la ciudad y el pueblo atenienses obtuvieron beneficios de la paz:

III, 5: Ταῦτα ἐκ τῆς εἰρήνης τῆς πρὸς Λακεδαιμονίους ἀγαθὰ τῇ πόλει καὶ δύναμις τῷ δήμῳ τῷ Ἀθηναίων ἐγένετο.

«A causa de la paz con los lacedemonios, la ciudad obtuvo estos bienes y el pueblo ateniense salió reforzado».

b) *Ejemplo II* (III, 6-7). La paz conseguida por el abuelo de Andócides también proporcionó claros beneficios para la ciudad. El abuelo de nuestro orador, que no era más que uno de los diez embajadores plenipotenciarios enviados por la ciudad para negociar la paz con Esparta³², también consiguió con su labor un bien para el pueblo, como se encarga de repetir, bastante poco sutilmente, el orador³³. Por el contrario, los beneficios obtenidos gracias a que la ciudad se encontraba en paz fueron amplios: la adquisición del tesoro de la Acrópolis, el mejoramiento de la armada y la construcción del muro meridional. De nuevo la sección queda rematada por la coda que se viene repitiendo desde la sección anterior:

²⁹ En el final del proemio, justo antes del comienzo de esta sección, Andócides justifica la necesidad de recurrir al pasado como medio de conocer los sucesos futuros: III, 2: χρῆ γάρ, ὦ Ἀθηναῖοι χρῆσθαι τοῖς πρότερον γενομένοις περὶ τῶν μελλόντων ἔσεσθαι.

³⁰ Cf. III, 4: Καὶ τότε ἡμῖν εἰρήνη ἐγένετο πρὸς Λακεδαιμονίους ἔτη πεντήκοντα...

³¹ Cf. III, 4: Ἐν ταύτῃ τῇ εἰρήνῃ ὁ δῆμος ὁ [τῶν] Ἀθηναίων ἔσθ' ὅπου κατελύθη; οὐδεὶς ἀποδείξει. Ἀγαθὰ δὲ ὅσα ἐγένετο διὰ ταύτην τὴν εἰρήνην, ἐγὼ ὑμῖν φράσω.

³² Cf. III, 6: δέκα ἄνδρες ἐξ Ἀθηναίων ἀπάντων πρέσβεις εἰς Λακεδαίμονα περὶ εἰρήνης αὐτοκράτορες, ὧν ἦν καὶ Ἀνδοκίδης ὁ πάππος ὁ ἡμέτερος

³³ Cf. III, 6: ὁ δῆμος κατελύθη; τί δέ; πράττοντές τινας δήμου κατάλυσιν ἐλήφθησαν; οὐκ ἔστιν ὅστις ἀποδείξει.

III, 7: Ταῦτα ἐκ τῆς εἰρήνης τῆς πρὸς Λακεδαιμονίους ἀγαθὰ τῇ πόλει καὶ δύναμις τῷ δήμῳ τῷ Ἀθηναίων ἐγένετο.

c) *Ejemplo III* (III, 8-10). Finalmente, y en tercer lugar, la paz de Nicias también supuso claros beneficios para la ciudad: el tesoro de la Acrópolis fue incrementado en siete mil talentos, el número de naves se incrementó por encima de las cuatrocientas, el impuesto anual superó los mil doscientos talentos y el imperio se incrementó con nuevos territorios. Una vez señalados los beneficios, vuelve a repetirse la coda (III, 10: Ταῦτα δ' ἔχοντες τὰ ἀγαθὰ ...), con la insistencia tan poco sutil a la que nos tiene acostumbrados Andócides.

3) Pues bien, una vez expuestos los ejemplos históricos que han servido para concretar y respaldar la idea general que con toda evidencia defiende el orador, la sección se completa con una inevitable conclusión (III, 10): «la paz que puede firmarse ahora es mejor que la guerra». Y esta conclusión, que sirve para rematar la información proporcionada por los tres ejemplos históricos analizados, supone la repetición de la prótesis que encabeza todo el discurso, tal y como el propio orador recuerda a sus oyentes:

III, 10: Πρῶτον μὲν οἶν, ὦ Ἀθηναῖοι, τούτου ἀναμνήσθητε, τί ὑμῖν ἐξ ἀρχῆς ὑπεθέμην τῷ λόγῳ. Ἄλλο τι ἢ τοῦτο, ὅτι διὰ τὴν εἰρήνην οὐδεπώποτε ὁ δῆμος ὁ [τῶν] Ἀθηναίων κατελύθη; οὐκοῦν ἀποδέδεικται. Καὶ οὐδεὶς ἐξελέγξει με ὡς οὐκ ἔστι ταῦτ' ἀληθῆ.

«Por lo tanto, atenienses, en primer lugar recordad esto: ¿con qué idea encabezé el discurso desde el principio? ¿Acaso no fue con otra idea sino con ésta: que a causa de la paz nunca el pueblo ateniense fue destruido? Sin duda **ya está demostrado**. Y ninguno podrá probarme que esto no es verdad».

Se observa, de este modo, una estructura argumentativa claramente inductiva, en la que se parte de una idea general (la paz es beneficiosa), que es refrendada por tres ejemplos particulares (distintos acuerdos de paz), lo cual permite replantear la afirmación inicial con mayor fuerza persuasiva.

Como continuación de estos razonamientos, hay que hacer notar que en los siguientes capítulos (III, 10-12) el orador completa su argumentación a favor de la paz recurriendo a sucesos más recientes e incluso desgraciados. De hecho, construyendo una especie de *prokatalipsis*, Andócides se ve obligado a adelantarse al argumento específico que podrían usar sus oponentes de que la paz hecha con Esparta en el 404 a. C. fue nefasta para Atenas y acabó conduciendo al Régimen de los Treinta Tiranos. Su réplica se basa en una idea un tanto forzada: este pacto, que tuvo consecuencias tan negativas para la ciudad, fue más una tregua forzada (σπονδῆ) que una verdadera paz

(εἰρήνη)³⁴ como la que se consiguió en los tres casos a los que se refieren los paradigmas implicados.

5. Sin embargo, al igual que ocurría en los discursos tucidideos, algunos de los ejemplos históricos empleados en el *Sobre la paz* funcionan como premisas menores de un recurso argumentativo más complejo: el entimema³⁵. Desde esta perspectiva, podemos observar cómo varios ejemplos —en concreto, III, 29-31 (alianzas con estados más débiles)— se convierten en nexo entre una idea general, que actúa como premisa mayor, y una conclusión probable. No nos encontramos, como hasta ahora hemos visto, ante un proceso inductivo, en el que los diversos ejemplos concretos sirven para llegar a una conclusión general, sino que el orador está utilizando en su discurso un procedimiento deductivo. En estos casos, el ejemplo no sólo contribuye a concretar la abstracción expresada en una premisa mayor, sino que ayuda a crear generalizaciones probables que, o bien son persuasivas por sí mismas, o bien lo son como premisas de un silogismo retórico. El παράδειγμα, por lo tanto, permite que lo «universal» indicado en la premisa mayor —esté o no expresa— se compruebe en los aspectos «singulares» de la premisa menor, tal y como años más tarde señala Aristóteles al estudiar la πίστις διὰ τῆς ἐπαγωγῆς, en *Tópicos* 103 b 3 y ss. De este modo, se comprueba que en casos como éstos la ἐπαγωγή o inducción propia de este tipo de ejemplos no es tanto un proceso cognoscitivo que nos remonte de lo singular a lo universal, cuanto un proceso de fijación y depuración por el que lo universal, en ocasiones confuso, se verifica en los singulares para así alcanzar una naturaleza clara y definida.

La existencia de esta posibilidad argumentativa ha generado una cierta polémica entre los estudiosos de la retórica clásica. Por un lado, a favor de las conexiones entre ambos procesos argumentativos —lo que se denomina proceso «part to whole to part»— están W.L. Benoit³⁶ y C. Natali³⁷. Este último señala que la relativa constancia de las acciones humanas es la base antropológica sobre la que Aristóteles construyó su interpretación del uso del ejemplo histórico: «l' esempio serve a passare da un caso particolare più chia-

³⁴ Sobre el sentido exacto de estos términos en el contexto de la Atenas Clásica cf. F.J. Fernández Nieto, *Los acuerdos bélicos en la Antigua Grecia (Época Arcaica y Clásica)*, Santiago de Compostela, 1975, vol. I, págs. 85 y ss.

³⁵ Sobre el funcionamiento teórico del entimema aristotélico cf. W.M.A. Grimaldi, *Studies in the Philosophy of Aristotle's Rhetoric*, Wiesbaden, 1972 y, sobre todo, E.E. Ryan, *Aristotle's Theory of Rhetorical Argumentation*, Montreal, 1984.

³⁶ W. L. Benoit, «Aristotle's Example: The Rhetorical Induction», *QJS* LXVI, 1980, págs. 182-192 y «On Aristotle's Example», *Ph&Rh* xx, 1987, págs. 261-267. Una amplia bibliografía al respecto se puede encontrar en este último trabajo, pág. 267, n. 2.

³⁷ Cf. C. Natali, art. cit., pág. 16.

ro ad un caso ancora incerto, su cui non si sa bene come stanno le cose, servendosi del passato per chiarire il futuro: e ciò avviene attraverso una proposizione universale, quasi una legge di copertura». Por su parte, G.A. Hauser³⁸ ha hecho diversas apreciaciones críticas al respecto de este planteamiento teórico, defendiendo la postura tradicional que considera que los paradigmas se integran en un proceso argumentativo que sólo sigue una dirección inductiva. Sin embargo, lo cierto es que en la práctica las conexiones entre ambos procesos realmente existen, hasta el punto de haber preocupado a los principales estudiosos del movimiento conocido como «Neo-Retórica». Así, Ch. Perelman y L. Olbrechts-Tyteca³⁹, teniendo en cuenta estos puntos de contacto, establecen una diferencia entre ejemplo e «ilustración»: «mientras que el ejemplo se encarga de fundamentar la regla, la ilustración tiene como función el reforzar la adhesión a una regla conocida y admitida, proporcionando casos particulares que esclarecen el enunciado general». Como es evidente a partir de estas palabras, un mismo elemento puede servir en un caso como base para llegar a una conclusión general y en otro como ilustración de esa misma idea general.

Este proceso argumentativo, discutido desde el punto de vista teórico con respecto a la retórica aristotélica, queda puesto de manifiesto de manera práctica en III, 28-32, donde Andócides ha desarrollado un razonamiento que puede ser interpretado desde un punto de vista entimemático (seguiría el orden Premisa mayor + Premisa menor + Conclusión), y en donde nos encontramos ante una sucesión de tres ejemplos históricos que actúan como premisa menor que concreta y clarifica la idea general expresada en la premisa mayor.

1) El orador expresa sus temores ante el camino que puede emprender la ciudad de Atenas, abandonando a los aliados más poderosos y eligiendo a los más débiles. En este caso se plantea una idea general que actúa como evidente *premis mayor*: «hacer alianzas con los débiles —lo que es definido como «el mal acostumbrado»— es peor que con los fuertes»⁴⁰:

III, 28: Ἐγὼ μὲν οὖν ἐκεῖνο δέδοικα μάλιστα, ὧ Ἀθηναῖοι, τὸ εἰθισμένον κακόν, ὅτι τοὺς κρείττους φίλους ἀφιέντες ἀεὶ τοὺς ἥττους αἰρούμεθα, καὶ πόλεμον ποιοῦμεθα δι' ἑτέρου, ἔξον δι' ἡμᾶς αὐτοὺς εἰρήνην ἄγειν.

³⁸ «Aristotle's Example Revisited», *Ph&Rh* xviii, 1985, págs. 171-180 y «Reply to Benoit», *Ph&Rh* xx, 1987, págs. 268-273.

³⁹ Ch. Perelman y L. Olbrechts-Tyteca, *Tratado de la argumentación*, Madrid, trad. esp., 1989, págs. 546 y ss.

⁴⁰ Sobre la crítica a la política exterior ateniense, el olvido consciente de las obligaciones que Atenas tenía con sus aliados (fueran más o menos poderosos) y el sentido oligárquico de estas críticas cf. Edwards, *op. cit.*, págs. 111-112, siguiendo las tesis defendidas por Missiou, *op. cit.*

«Yo temo sobre todo aquello, atenienses, *el mal acostumbrado*, que abandonando siempre a los aliados más poderosos preferimos a los más débiles y acabamos haciendo la guerra a causa de otros cuando es posible guardar la paz por nosotros mismos».

Andócides enuncia una premisa mayor con claro valor generalizador. De hecho, ha recurrido a la confrontación de términos como «débiles» o «fuertes» cuyo uso es frecuente por parte de la oratoria y sofística contemporáneas.

2) *Premisa menor* (29-31): siguiendo con su costumbre de argumentar con tríadas de paradigmas, Andócides dispone tres ejemplos, que toman como referencia tres momentos históricos decisivos del siglo v en los que los atenienses eligieron equivocadamente al aliado débil, y que se convierten en «ilustraciones» de ese razonamiento general:

a) Alianza con Amorges en contra del Persa. (III, 29). Tras destacar que es preciso rememorar lo sucedido para deliberar de manera conveniente (χρή γὰρ ἀναμνησθέντας τὰ γεγενημένα καλῶς βουλευσασθαι), justificación general del empleo del ejemplo histórico⁴¹, el orador recuerda cómo se ganó la enemistad del rey Persa al ayudar a Amorges⁴², fugitivo del soberano:

ἀνθ' ὧν βασιλεὺς ὀργισθεὶς ἡμῖν, σύμμαχος γενόμενος Λακεδαιμονίοις, παρέσχεν αὐτοῖς εἰς τὸν πόλεμον πεντακισχίλια τάλαντα, ἕως κατέλυσαν ἡμῶν τὴν δύναμιν.

«El rey, que a cuenta de estos hechos montó en cólera contra nosotros, convertido en aliado de los lacedemonios, les proporcionó con vistas a la guerra cinco mil talentos, hasta tanto pusieran fin a nuestro imperio».

b) Alianza con los egestenses en vez de con los siracusanos (III, 30). Como señala Andócides, haciendo referencia a un hecho que aún se mantenía fresco en la memoria ateniense y que había tenido unas consecuencias nefastas para el desenlace de la Guerra del Peloponeso:

⁴¹ Sobre afirmaciones con respecto a la utilidad del conocimiento del pasado en la oratoria ática cf. Natali, art. cit., 12 y ss. Esta afirmación, por otra parte, coincide con la idea general existente en este momento sobre el uso del pasado para tener una visión clara de las situaciones futuras cuando éstas se presenten. Según A.W. Gomme, *A Historical Commentary on Thucydides*, vol. 1, Oxford, 1945, pág. 149, esta sería la interpretación correcta del famoso pasaje de la metodología de Tucídides (I, 22, 4) en el que el historiador señala la utilidad de su obra para examinar las circunstancias que puedan darse en un momento futuro y no la explicación de usar la historia para predecir el futuro. Cf. en este sentido R. Lisle, «Thucydides I, 22, 4», *CJ* LXXII, 1976-1977, págs. 342-347.

⁴² Hijo bastardo del sátrapa de Sardes, que se rebeló contra Darío.

ἡμεῖς τοῖνον εἰλόμεθα καὶ τότε πόλεμον μὲν ἀντὶ εἰρήνης, Ἐγεσταίους δὲ ἀντὶ Συρακοσίων, στρατεύεσθαι δ' εἰς Σικελίαν ἀντὶ τοὺς μένοντες οἴκοι συμμαχοὺς ἔχειν Συρακοσίους· ἔξ ὧν πολλοὺς μὲν Ἀθηναίων ἀπολέσαντες ἀριστίνδην καὶ τῶν συμμαχῶν, πολλὰς δὲ ναῦς καὶ χρήματα καὶ δύναμιν ἀποβαλόντες, αἰσχρῶς διεκομίσθησαν οἱ σωθέντες αὐτῶν.

«Nosotros, daos cuenta, incluso en esas circunstancias elegimos la guerra en vez de la paz, a los egesteos en lugar de a los siracusanos, salir en expedición rumbo a Sicilia en vez de tener a los siracusanos por aliados, y quedándonos en casa. A consecuencia de ello, con haber perdido para siempre a gran número de atenienses y aliados, en aras del mayor valor de cada cual, con haber echado a perder naves sin cuento, además de nuestros recursos materiales y de nuestro poderío, en suma, quienes de entre aquéllos se salvaron hubieron de regresar de modo vergonzoso».

c) Finalmente, la alianza con Argos en contra de Esparta (III, 31):

Ἵσπερον δὲ ὑπ' Ἀργείων ἐπέισθημεν, οἵπερ νῦν ἤκουσι πείθοντες πολεμεῖν ... ἔξ οὗ πολεμήσαντες ἠγαγκάσθημεν τὰ τεῖχη κατασκάπτειν καὶ τὰς ναῦς παραδίδοι καὶ τοὺς φεύγοντας καταδέχεσθαι.

«Aún por último fuimos persuadidos por los de Argos, por estos que ahora vienen intentando convencernos para continuar la lucha ... Inmersos desde entonces en la guerra, fuimos obligados a derruir nuestras murallas, a entregar nuestras naves y a acoger de nuevo a los que estaban exiliados».

3) *Conclusión* (III,32): No hay que actuar como antes y, por lo tanto, hay que aliarse con el estado más fuerte: Esparta.

νῦν οὖν τοῦτο ὑπόλοιπόν ἐστιν ἡμῖν, πόλεμον μὲν ἐλέσθαι καὶ νῦν ἀντ' εἰρήνης, τὴν δὲ συμμαχίαν τὴν Ἀργείων ἀντὶ τῆς Βοιωτῶν, Κορινθίων δὲ τοὺς νῦν ἔχοντας τὴν πόλιν ἀντὶ Λακεδαιμονίων. Μὴ δῆτα, ὧ Ἀθηναῖοι, μηδεὶς ἡμᾶς ταῦτα πείσῃ· τὰ γὰρ παραδείγματα τὰ γεγενημένα τῶν ἀμαρτημάτων ἱκανὰ τοῖς σώφροσι τῶν ἀνθρώπων ὥστε μηκέτι ἀμαρτάνειν.

«En consecuencia, sólo nos queda esto, elegir también ahora la guerra en vez de la paz, la alianza de los argivos en lugar de la de los beocios, a los que ocupan ahora la ciudad de los corintios en lugar de a los lacedemonios. Atenienses, que de ningún modo nadie os convenza de eso: pues los ejemplos de errores ya acaecidos son suficientes para los prudentes de entre los hombres de manera que ya no yerren más».

La acumulación de ejemplos históricos ayuda a los receptores del discurso a llegar a una conclusión que favorece las tesis de Andócides. El procedimiento empleado por el orador nos muestra un camino deductivo al partir de una afirmación —hacer alianzas con los débiles es peor que con los fuertes— que conforma una clara premisa mayor. El elemento particular lo proporcionan tres sucesos concretos que actúan como ilustraciones de la idea general inicialmente expresada y que conducen finalmente a una conclusión

que afecta directamente a la política ateniense. Y, como consecuencia del método argumentativo seguido, esa conclusión es probable. Sólo estarán de acuerdo con ella los que compartan la ideología oligárquica de Andócides, pero no los defensores del bando democrático que negociaron esas alianzas.

6. Conclusiones:

1) A partir de estos ejemplos, creemos haber mostrado con claridad la necesidad de un estudio del ejemplo histórico no como elemento aislado, sino teniendo en cuenta su función dentro del discurso. Una parte importante de la estructura del principal discurso andocideo, el *Sobre la paz*, se organiza alrededor de los ejemplos históricos. El gran desarrollo que alcanzan sus construcciones argumentativas con paradigmas estaría relacionado con la consolidación de su empleo a comienzos del siglo IV a. C. que, tal y como señalaba Nouhaud⁴³, estaría motivado por las cambiantes condiciones históricas que padeció la sociedad ateniense. Los vaivenes de la historia, con la destrucción del imperio marítimo y la derrota en la Guerra del Peloponeso, hicieron que el pasado se convirtiese en un referente permanente que tenía que ser tenido en cuenta. Todo ello, en opinión del estudioso francés, supuso un claro avance con respecto al uso esporádico que se hizo de los paradigmas en la oratoria de la segunda mitad del siglo V a. C., ámbito en el se incluirían los discursos de Tucídides. Sin embargo, hemos de señalar que, desde un punto de vista práctico, estos paradigmas empleados por Andócides muestran un uso menos sutil que el que pudimos comprobar en los discursos de Tucídides. Mientras que el historiador elaboraba razonamientos sutiles y prefería insinuar a mostrar, nuestro orador construye argumentos que resultan demasiado evidentes y, hasta cierto punto, un tanto burdos. Esto es una manifestación de su talante oratorio y también del deseo de construir una argumentación detallada que fuera seguida sin dificultad por su auditorio —de ahí las múltiples repeticiones de ideas a modo de coda—.

2) Hemos comprobado también que los ejemplos históricos se insertan en estructuras argumentativas tanto de tipo inductivo como de tipo deductivo, al igual que ocurría en los discursos de Tucídides. En cuanto a la inserción de los paradigmas dentro de una estructura de tipo entimemático, como ocurre en III, 29-31, hemos observado un uso menos sutil de la argumentación por parte de Andócides. En concreto, nos referimos al modo en que está estructurado este entimema, siguiendo la cadena lógica P. Ma. + P. Me. + C. En Tucídides pudimos comprobar que era frecuente una estructuración más desordenada —con conclusiones que encabezan con frecuencia los entimemas— y, precisamente por ello, más enmascarada. Este as-

⁴³ Cf. Nouhaud, *op. cit.*, pág. 43.

pecto formal seguramente es fruto de un uso caracterizado por una mayor soltura y libertad por parte del historiador ateniense. El resultado son razonamientos más encubiertos pero también más persuasivos. Estas características del proceder argumentativo de Andócides, seguramente fruto de una redacción pensada para la ejecución del discurso ante el auditorio deliberativo, habrían pasado, sin apenas modificaciones, a la versión del mismo que fue posteriormente publicada⁴⁴.

3) En esta misma línea, desde el punto de vista teórico, el propio Aristóteles ya destacó que el entimema que apareciera con todas sus partes bien delimitadas, con el aspecto cercano al de un silogismo «formal», tendría una escasa eficacia retórica⁴⁵. Por el contrario, serían más eficaces aquellos entimemas «encubiertos» que no ponían de manifiesto todos sus elementos, sino que dejaban alguno de ellos —premisas o conclusión— de manera implícita. Gracias a la mayor «concentración» (συντρίψειν) de los entimemas, se sorteaba el problema que suponía la flojedad (ἀσθένειαν) del oyente y se evitaba su despiste o el simple cansancio. De este modo, partiendo del testimonio de discursos realmente pronunciados, como son los de Andócides, hemos podido comprobar de nuevo cómo la retórica aristotélica parte en muchos de sus elementos de la práctica o ἐμπειρία de las propias intervenciones oratorias. En unos casos, para tomarlas como modelo —esos paradigmas que se insertan como premisa menor en una estructura de tipo entimemático— y en otros, como podría ser el caso de nuestro Andócides, para entresacar los defectos derivados de una argumentación tan machacona que resultaba demasiado ramplona y evidente tanto para sus oyentes como para sus posteriores lectores.

⁴⁴ Según Edwards, *op. cit.*, pág. 4 se trataría de discursos muy poco retocados para su versión publicada: «the stylistic infelicities they contain suggest that he was not overly concerned with retouching his speeches for a reading public». Cf. también págs. 105-106 sobre cuestiones generales de la publicación de discursos.

⁴⁵ Cf. Arist., *Rh.* 1419 a 18-19.

«EN TIERRA, EN HUMO, EN POLVO, EN SOMBRA, EN NADA»:
HISTORIA DE UN TÓPICO LITERARIO (II)¹

GABRIEL LAGUNA MARISCAL
Universidad de Extremadura

En el artículo anterior rastree las posibles fuentes clásicas del tópico literario contenido en el verso de Góngora «En tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada»². En esta continuación convendrá, por un lado y brevemente, completar la mención de algunas fuentes clásicas que pudieran ser relevantes como precedente de la serie gongorina; por otra parte, dedicaré la mayor parte del artículo al cotejo del impacto del motivo en la literatura española.

Parece claro que la mención de una serie de objetos de escasa o nula materialidad para ponderar la banalidad del ser humano tiene una conexión clara con el tema funerario. De ahí que sea posible documentar el tópico en inscripciones sepulcrales antiguas. Como muestra e ilustración bastará citar dos textos, uno griego y el otro latino. El primero es un fragmento del comediógrafo helenístico Menandro (siglo III a. C.), que con tono moralizante y admonitorio nos recuerda el poder nivelador de la muerte, capaz de convertir a los más encumbrados en «huesos y ceniza vana» (frag. 538):

ὅταν εἰδέναι θέλης σεαυτὸν ὅστις εἶ,
ἔμβλεψον εἰς τὰ μνήμαθ' ὡς ὄδοιπορεῖς.
ἐνταῦθ' ἔνεστ' ὅστ'α τε καὶ κούφη κόμις

¹ Este artículo se inscribe en el Proyecto de Investigación IPR99A037, titulado «Tópicos amorosos de la poesía latina: estudio cultural y pervivencia en la cultura española y extremeña» y financiado por el I Plan Regional de Investigación y Desarrollo Tecnológico de Extremadura.

² Publicado en *Anuario de Estudios Filológicos*, xxii (1999), 197-213.

ἀνδρῶν βασιλέων καὶ τυράννων καὶ σοφῶν
καὶ μέγα φρονούντων ἐπὶ γένει καὶ χρήμασι
αὐτῶν τε δόξῃ καὶ κάλει σωμάτων.
καὶ τ' οὐδὲν αὐτοῖς τῶνδ' ἐπήρκεσεν χρόνον.
κοινὸν τὸν ἄδην ἔσχον οἱ πάντες βροτοί.
πρὸς ταῦθ' ὁρῶν γίνωσκε σαυτὸν ὅστις εἶ.

«Cuando quieras saber quién eres tú mismo,
contempla las tumbas mientras caminas.

En ellas yacen *los huesos y ceniza vana*

de hombres que fueron reyes, tiranos y sabios,

y que se enorgullecieron por su linaje y riquezas, 5

y por su fama y por la belleza de sus cuerpos.

Pero ninguno de esos bienes alargó la duración de sus vidas.

Común es la muerte que recibieron todos los hombres.

Viendo eso, reconoce quién eres tú mismo».

Téngase en cuenta que los fragmentos de Menandro, en su mayor parte de carácter gnómico o sentencioso (como el anterior), fueron conocidos y publicados en el Renacimiento. De ahí que no pueda descartarse su conocimiento por parte de Góngora y, por tanto, una posible influencia.

Por su parte, en numerosos epitafios latinos es frecuente documentar la caracterización del cadáver con sustantivos tales como «ceniza» (en relación con la costumbre romana de incinerar los cuerpos), «tierra» o «polvo». En la siguiente inscripción sepulcral, de mediados del siglo I a. C., la difunta Helvia la Mayor, hablando en primera persona desde la lápida, se caracteriza a sí misma con el par de términos prácticamente sinónimos *cinis et tosta favilla*, «ceniza y pavesa calcinada» (*CIL* I² 1732)³:

Tu qui secura spatiaris mente viator

et nostris voltus derigis inferieis,

si quaeris quae sim, *cinis et tosta favilla*,

ante obitus tristeis Helvia Prima fui.

Coniuge sum Cadmo fructa Scrateio, 5

concordesque pari viximus ingenio.

Nunc data sum Diti longum mansura per aevum,

deducta et fatali igne et aqua Stygia.

«Caminante, tú que paseas con mente distraída

y diriges tu mirada a nuestras ofrendas fúnebres,

si preguntas quién soy, ahora *ceniza y pavesa calcinada*,

³ Léase el estudio de A. Pociña, «Hilar, parir y llorar: los *elogia* de Claudia, Helvia Prima y Eucaris», en J. García González y A. Pociña Pérez (eds.), *Studia Graecolatina Carmen Sanmiellan in memoriam dicata*, Granada, Universidad de Granada, 1988, 349-361, esp. 355-357.

antes de mi penosa muerte fui Helvia la Mayor.
 Disfruté de Cadmo Escrateyo como esposo 5
 y vivimos en armonía con talentos semejantes.
 Ahora he sido entregada a Plutón para quedarme con él largo tiempo,
 traída de arriba por el fuego fatal y el agua estigia».

Dando un importante salto en el tiempo, creemos no descubrir nada si afirmamos que Petrarca fue un gran «agente de Tradición Clásica», entendiéndose por tal un vehículo intermedio de difusión de tópicos literarios latinos en la poesía europea ulterior. A manera de correa de transmisión recoge y asimila, por un lado, la herencia clásica; por otro lado, se convierte a su vez en modelo de referencia. Esta posición mediata de Petrarca se puede demostrar y ejemplificar en el caso de varios tópicos literarios⁴, como precisamente el tópico que nos ocupa. En efecto, en su *Cancionero*, a propósito de la muerte de Laura, aduce varios de los términos comentados, tanto en mención individual como en serie, para caracterizar la banalidad de la vida humana. Así, la combinación «polvo y sombra», o su leve variación «viento y sombra», procedentes obviamente del *pulvis et umbra sumus* horaciano (*Odas* iv 7, 16), son usadas por Petrarca en

Veramente siam noi *polvere et ombra* (CCXCIV 13),
 et voi nude *ombre et polve* (CLXI 13)
 Questo nostro caduco et fragil bene,
 ch'è *vento et ombra*, et à nome beltate (CCCL 1-2).

⁴ Cabe citar dos ejemplos claros. Hay un tópico literario que podría definirse semánticamente como «me pongas donde me pongas (en cualquier circunstancia), me mantendré fiel en el amor»; y que se caracteriza formalmente como una estructura de dos partes: la primera de exposición de destinos posibles, con anáfora de un verbo en imperativo de suposición (en latín, *pone me*); la segunda, de afirmación de la devoción al amor, con el verbo en futuro. Dicho tópico aparece en las dos últimas estrofas de la *Oda* I 22 de Horacio (vv. 17-24), y Petrarca lo desarrolló en el Soneto cXLV de su *Canzoniere* («Ponmi ove 'l sol occide i fiori et l'erba...»). A partir de ahí, Petrarca (ya no Horacio) se toma como modelo para el Soneto XLIII de Juan Boscán («Ponme en la vida más brava, importuna,...»), para una canción de *El Bernardo* de Balbuena (libro IV: «Ponme al sol que la seca arena abrasa...») o para Henry Howard («Set me whereas the sun doth parch the green,...»). Sobre este soneto de Petrarca y su recepción, léase A. Prieto, *La poesía española del Siglo XVI. I. Andáis tras mis escritos*, Madrid, Cátedra, 1984, 67-80. El segundo ejemplo es el tópico del insomnio del sujeto lírico en contraste con el sueño total del entorno (natural y humano). Con precedentes griegos, el motivo surge en la poesía latina (Virgilio, *Eneida* IV 522-32; Estacio, *Silvas* v 4) y es desarrollado en el Soneto CLXIV de Petrarca («Or che 'l ciel et la terra e 'l vento tace...»). Petrarca se erige en modelo de las imitaciones posteriores de Henry Howard (*A complaint by night of the lover not beloved*) o Lope de Vega (Soneto 48 de *Rimas humanas* (1602): «El pastor que en el monte anduvo al hielo,»). Sobre este motivo, cf. Thomas M. Greene, *The light in Troy*, New Haven-London, Yale University Press, 1982, 50 y 115-119.

En otra variación del tópico, se incorporan los términos «sueños» y «humos» para constituir una serie de tres elementos, también con claros precedentes clásicos: «ché quant'io miro par *sogni, ombre, et fumi*» (CLVI 4). Esta explotación petrarquista del tópico debió de influir decisivamente en su desarrollo posterior, y suscitar imitaciones.

Quizá sea posible atisbar dicha influencia petrarquista en Fernando de Herrera (1534-1597), que en su libro *Algunas obras de Fernando de Herrera*, publicado en 1582, incluye la elegía que comienza «A la pequeña luz del breve día», en cuyos versos 37-42 se puede leer una nítida explotación del tópico para caracterizar la banalidad de la vida:

Esta caduca vida, por quien sigo
lo qu'en su gusto conformar no deve,
i soi de mí por ella mi enemigo,

sombra es desnuda, *humo*, *polvo*, *nieve*,
qu'el sol ardiente gasta con el viento
en un espacio mui liviano i breve;⁵

40

El profesor Ricardo Senabre, en un enjundioso artículo en que traza la influencia del verso gongorino en la poesía española posterior⁶, aduce este pasaje de Herrera, y sostiene que bien pudo ser la fuente de inspiración para Góngora (que redactó su soneto hacia 1585), según parece confirmar la coincidencia de tres vocablos (*sombra*, *humo*, *polvo*) y, sobre todo, la disposición de los mismos en serie. En este campo de detección de líneas de influencia es imposible alcanzar certeza absoluta, pero adviértase la diferencia de que Herrera no dispone en gradación descendente los términos de la serie. Me inclino por pensar que Góngora bebió directamente de las fuentes bíblicas

⁵ C. Cuevas (ed.), *Fernando de Herrera. Poesía castellana original completa*, Madrid, Cátedra, 1985, 401.

⁶ R. Senabre, «La sombra alargada de un verso gongorino», en F. Cerdan (ed.), *Hommage à Robert Jammes. Volume III*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1994, 1089-1098. El autor traza un completo recorrido del impacto del verso gongorino en las letras españolas, incluyendo a Lope de Vega (teatro), Mira de Amescua, Calderón, Alonso de Ledesma, Gracián, Sor Juana Inés de la Cruz, José Joaquín Fernández de Lizardi, E. Gerardo Lobo, Carlos Arniches, Miguel Hernández y Blas de Otero. Pido disculpas por no haber citado en mi artículo anterior este magistral trabajo, del que no tenía noticia. Debo a la amabilidad y generosidad de Ricardo Senabre su conocimiento. Hay dos detalles en el trabajo, con todo, que no comparto: a) la afirmación de que no «nos sirve de mucho la búsqueda de precedentes» (pág. 1090); b) y la interpretación de que, en el verso de Góngora, *humo* tiene «el sentido latino de *humus*, naturalmente» (pág. 1090). Creo que «humo» tiene claramente el sentido castellano de «gas desprendido de una combustión», como confirman los antecedentes clásicos (Homero, Sócrates, Epicuro, Demócrito, Lucrecio, Virgilio, Séneca, paremiología medieval) y Petrarca, testimonios todos aducidos en mi artículo anterior.

y clásicas señaladas en mi artículo anterior (especialmente, *Génesis* 3, 19; Horacio, *Odas* iv 7, 16; y un refrán medieval), si bien no es descartable, y aun es plausible, que el pasaje de Herrera fuera para Góngora un acicate para la emulación, un estímulo inmediato.

Dicho lo cual podemos dirigir nuestra atención a la recepción del tópicogongorino. Como muy atinadamente señala Ricardo Senabre⁷, las derivaciones del motivo que encontramos toman una dirección ascética y funeraria, un tanto desgajada del contexto hedonista de *carpe diem* del soneto de Góngora. Es decir, Góngora introducía con el motivo una nota existencialista en un contexto hedonista, anticipando ya el «desengaño» barroco. A partir de ahí, parece que sus imitadores, ya sí en plena época del Barroco, enfatizan el elemento funerario y obvian el hedonista. Es lo que se aprecia, por ejemplo, en Quevedo, Lope de Vega o Diego de Torres Villarroel. El primero usa aisladamente, no en sarta, términos como «tierra», «sombra», «ceniza» y «polvo». Una cierta agrupación de estos elementos podemos leer en el Soneto quevedesco [Llama a la Muerte], vv. 9-12:

Desata de este *polvo* y de este aliento
el nudo frágil, en que está animada
sombra que sucesivo anhela el *viento*. 10

¿Por qué emperezas el venir rogada
a que me cobre deuda el monumento,
pues es la humana vida larga, y *nada*?⁸

Y, más claramente, en el primer cuarteto del tremendo soneto del mismo autor [Significase la provia brevedad de la Vida, sin pensar, y con padecer, salteada de la Muerte]:

Fue *sueño* Ayer, Mañana será *tierra*:
Poco antes *nada*, y poco después *humo*,
¡Y destino ambiciones! ¡y presumo,
Apenas punto al cerco que me cierra!⁹

Lope de Vega (1562-1635), por su parte, también recurrió a varias combinaciones semejantes, con tono ascético, en los Sonetos 20 y 40 de sus *Rimas* (1602), y en la elegía «A la muerte de Carlos Félix» (v. 31), de *Rimas*

⁷ En art. cit., pág. 1094: «Las derivaciones con que tropezamos desgajan del conjunto el verso postrero y lo orientan en una dirección ascética y funeraria, muy secundaria y tangencial en el soneto de Góngora».

⁸ Es el poema 23a de James O. Crosby (ed.), *Francisco de Quevedo. Poesía varia*, Madrid, Cátedra, 1982, 111-112.

⁹ Número 42 de la edición citada de James O. Crosby, 160-161.

sacras (1614). El Soneto 20 es un hermoso ejemplo de uso del tópico para caracterizar la vida humana como «vanidad de vanidades» (*vanitas vanitatum*):

Si culpa, el concebir; nacer, tormento;
guerra, vivir; la muerte, fin humano;
si después de hombre, *tierra y vil gusano*,
y después de gusano, *polvo y viento*;

si *viento, nada, y nada* el fundamento; 5
flor, la hermosura; la ambición, tirano;
la fama y gloria, pensamiento vano,
y vano, en cuanto piensa, el pensamiento,

¿quién anda en este mar para anegarse?
¿De qué sirve en quimeras consumirse, 10
ni pensar otra cosa que salvarse?

¿De qué sirve estimarse y preferirse,
buscar memoria habiendo de olvidarse,
y edificar, habiendo de partirse?¹⁰

Sin embargo, más interés tiene el hecho de que Lope sea, a lo que sé, el primer poeta que explota el tópico cínicamente, alejándose de toda connotación funeraria o ascética¹¹. En el siguiente soneto construye con los elementos del motivo una correlación diseminativa recolectiva¹² cuyo objeto es caracterizar la deslealtad y volubilidad de la mujer (!)¹³:

¹⁰ J. Manuel Blecua (ed.), *Lope de Vega. Obras poéticas*, Barcelona, Planeta, 1989, 33-34.

¹¹ Podría aducirse un segundo caso: la estrofa que dedica Quevedo a la delgadez excesiva de una mujer, en el poema «A una mujer flaca», vv. 49-54 (poema 10 de la edición citada de James O. Crosby, pág. 69).

¹² El esquema fue estudiado por Dámaso Alonso en D. Alonso y C. Bousoño, *Seis calas en el expresión literaria española (Prosa - Poesía - Teatro)*, Madrid, Gredos, 1970⁴, 21-108.

¹³ Texto en José F. Montesinos (ed.), *Lope de Vega. Poesías líricas I*, Madrid, Espasa Calpe (Clásicos Castellanos 68), 1968, 188. El soneto es aducido y comentado por D. Alonso, *Poesía española*, Madrid, Gredos, 1966⁵, 438. Lo de la mujer voluble y desleal era proverbial en el mundo clásico: cf. Sófocles, frag. 741 Nauck; Platón, *Fedro* 276c; Catulo 70, 3-4; Virgilio, *Eneida* IV 569-70 (*varium et mutabile semper / femina*), *Antología Latina* 214, 21; Séneca, *de rem. fort.* 16, 3; Calpurnio Sículo III 10. Léase A. Otto, *Die Sprichwörter und sprichwörtlichen Redensarten der Römer*, Hildesheim, G. Olms, 1962, 231, § 1153 s.v. *mulier* 2. En la poesía española, Lope de Vega dedicó varios otros sonetos al motivo, ya sin alusión al verso gongorino: 27, 60 y 132 de *Rimas* (1609); y puede compararse también el poema CCVII, *Soneto aplicando la condición de la mujer a los cuatro elementos* («Quien su felicidad pone en el viento...»), atribuido a Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575): cf. J.I. Díez Fernández (ed.), *Diego Hurtado de Mendoza. Poesía completa*, Barcelona, Planeta, 1989, 382-383. En la poesía inglesa cabe citar el Soneto xx, v. 4, de W. Shakespeare, así como el poema «Inconstancy» de James Harrington (1611-1677): «He who at first a womans mind / Compar'd to the inconstant wind, / Did it in gratitude, not spleen, ...». El tópico llega, por supuesto, a la famosísima aria «La donna è mobile / qual piuma

El *humo* que formó cuerpo fingido,
que cuando está más denso para en nada;
el *viento* que pasó con fuerza airada
y que no pudo ser en red cogido;

el *polvo* en la región desvanecido 5
de la primera nube dilatada;
la *sombra* que, la forma al cuerpo hurtada,
dejó de ser, habiéndose partido,

son las palabras de mujer. Si viene 10
cualquier novedad, tanto le asombra,
que ni lealtad ni amor ni fe mantiene.

Mudanza ya, que no mujer, se nombra,
pues, cuando más segura, quien la tiene,
tiene *polvo, humo, nada, viento y sombra*.

En cambio, la monja mexicana Sor Juana Inés de la Cruz (¿1651?-1695) restaura el sentido ascético del tópico en la siguiente composición, publicada en 1689, donde se aprecia claramente la huella gongorina, pues el tópico ocupa igualmente el verso final del mismo molde métrico, el soneto¹⁴:

*Procura desmentir los elogios que a un retrato de la poetisa
inscribió la verdad, que llama pasión*

Este que ves, engaño colorido,
que del arte ostentando los primores,
con falsos silogismos de colores
es cauteloso engaño del sentido;

éste, en quien la lisonja ha pretendido 5
excusar de los años los horrores,
y venciendo del tiempo los rigores
triunfar de la vejez y del olvido,

es un vano artificio del cuidado,
es una flor al viento delicada, 10
es un resguardo inútil para el hado:

es una necia diligencia errada,
es una afán caduco y, bien mirado,
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

al viento; / muta d'accento / e di pensiero». cantada por el Duque de Mantua en el Acto III de la ópera *Rigoletto* (estrenada en 1851) de Giuseppe Verdi.

¹⁴ Tomo el texto de J. Carlos Merlo (ed.), *Sor Juana Inés de la Cruz. Obras escogidas*, Barcelona, Bruguera, 1979², 189.

Un poeta barroco tardío es Diego de Torres Villarroel (1694-1770), que escribe un soneto funerario cuyo primer verso es una obvia imitación del verso gongorino:

A LA MEMORIA DE D. JUAN DOMINGO DE HARO Y GUZMÁN

La tierra, el polvo, el humo, en fin, la nada,
al héroe más insigne y portentoso,
es el único triunfo, el más glorioso,
que robar has logrado, muerte airada.

La vida de su fama celebrada, 5
fe, virtud y valor y celo ansioso,
exentos de tu brazo pavoroso,
en lo eterno aseguran su morada.

Al honor, al aplauso, al ardimiento,
a la piedad, al culto y a la gloria 10
tocar no pudo tu furor violento.

Pues si de tantas vidas la memoria
eterna vive en este monumento,
¿en qué fundas, oh Parca, tu victoria?¹⁵

Ya a finales del siglo XVIII, el poeta pacense Juan Meléndez Valdés (1754-1817), en su Epístola VI, «El filósofo en el campo», de 1794, se vale del tópico para ponderar la banalidad de la vida humana, muy en la línea de los tratamientos griegos de Píndaro y Sófocles (cuyo conocimiento de primera mano por parte de Meléndez Valdés no es de descartar, habida cuenta de que el poeta fue catedrático de griego en la Universidad de Salamanca) (vv. 59-62)¹⁶:

Hombres, ¡ay! hombres, Fabio amigo, somos,
vil polvo, sombra, nada; y engreídos 60
cual el pavón en su soberbia rueda,
deidades soberanas nos creemos.

Con ello podemos saltar a la poesía española del Siglo XX, pues la huella del verso gongorino sigue patente en la poesía contemporánea. Sin tenernos en menciones aisladas de alguno de los elementos que configuran la serie¹⁷, lo cierto es que Luis Cernuda (1902-1963) parece tener en mente

¹⁵ Texto tomado de John H.R. Polt (ed.), *Poesía del siglo XVIII*, Madrid, Castalia, 1987, 68.

¹⁶ Texto de J. Marco (ed.), *Juan Meléndez Valdés. Poesía y prosa*, Barcelona, Planeta, 1990, 392.

¹⁷ Compárese el impactante verso de Miguel Hernández, en «Elegía primera (A Federico García Lorca, poeta)», vv. 32-33: «Federico García / hasta ayer se llamó: *polvo* se llama».

el tópico en el poema inicial de la sección «V. Donde habite el olvido (1932-33)» del libro *La realidad y el deseo*. En este poema se caracteriza el estado del ser humano tras la muerte, y aunque no pueda detectarse ninguna resonancia léxica literal con Góngora, el poema comparte con el tópico el tono funerario y el nihilismo existencial de varias imágenes (el viento, la niebla, la ausencia) (vv. 1-5, 18-22)¹⁸:

Donde habite el olvido,
 En los vastos jardines sin aurora;
 Donde yo sólo sea
 Memoria de una piedra sepultada entre ortigas
 Sobre la cual el *viento* escapa a sus insomnios. 5
 [...]

Donde al fin quede libre sin saberlo yo mismo,
 Disuelto en *niebla, ausencia*,
 Ausencia leve como carne de niño. 20

Allá, allá lejos;
 Donde habite el olvido.

Muy recientemente, el poeta Antonio Hernández (Arcos de la Frontera, 1943) escribe un poema, el numerado como 25 del libro *Homo loquens* (1981), en que parece sintetizar material simultáneamente del verso gongorino y del poema de Cernuda, a manera de «imitación compuesta» (por seguir la denominación moderna¹⁹) o *contaminatio* (si se prefiere la antigua²⁰):

Dicen que somos *polvo, tierra* que se cincela
 en venas, carnes, huesos. Materia que se enciende
 y a su ceguera torna. Pedazos de ternura
 que desharán los tiempos.

Algo, no obstante, clama, 5
 desconcierta el olvido, a la muerte preocupa

¹⁸ Texto de L. Cernuda, *La realidad y el deseo (1924-1962)*, Madrid, Alianza Editorial (Biblioteca 30 aniversario), 1998, 123-124.

¹⁹ Sobre esta modalidad de imitación, cf. F. Lázaro Carreter, «Imitación compuesta y diseño retórico en la Oda a Juan de Grial», *Anuario de Estudios Filológicos*, II (1979), 89-119 (esp. 94-97).

²⁰ El uso del verbo latino *contaminare* se refirió originalmente a la fusión de argumentos de dos o más originales griegos para componer una única comedia latina del género *palliata*. Es lo que se achacó a Terencio, según él mismo comenta en el prólogo a *Andria*, vv. 15-21. Sobre el procedimiento imitativo de la *contaminatio*, cf. G.C. Fiske, *Lucilius and Horace. A study in the classical theory of imitation*, Madison, University of Wisconsin, 1920 (reimp. Hildesheim, Georg Olms, 1966), 50.

y en la tiniebla es ave. Algo que rompe el sino:
no es tan breve la vida si se agota en un beso²¹.

Nótese cómo en los cuatro primeros versos se desarrolla el tema de la brevedad de la vida y de la muerte como aniquilación, en la línea del tópico tradicional. Sin embargo, los versos 5-8 niegan tal nihilismo, pues contemplan la posibilidad de cierta enjundia vital y de cierta inmortalidad, conseguidas gracias al amor (en la línea del celeberrimo soneto de Quevedo «Amor constante más allá de la muerte»).

Me gustaría acabar este recorrido con un posible rebrote del tópico no en poesía, sino en la prosa de Javier Marías (Madrid, 1951). Este escritor gusta de hablar de la muerte como «difuminación», término emparentado con uno de los elementos de la serie gongorina, el humo. En el siguiente párrafo, con el que termina su novela *Mañana en la batalla piensa en mí* (1994), podrá observarse una emotiva caracterización de la banalidad de la vida humana y de la aniquilación que acaece con la muerte:

«Ese niño no sabrá nunca lo que ha sucedido, se lo ocultarán su padre y su tía y se lo ocultaré yo mismo y no tiene importancia porque tantas cosas suceden sin que nadie se entere ni las recuerde, o todo se olvida y prescribe. Y cuán poco va quedando de cada individuo en el tiempo inútil como la nieve resbaladiza, de qué poco hay constancia, y de ese poco tanto se calla, y de lo que no se calla se recuerda tan sólo una mínima parte, y durante poco tiempo: mientras viajamos hacia nuestra difuminación lentamente para transitar tan sólo por la espalda o revés de ese tiempo, donde uno no puede seguir pensando ni se puede seguir despidiendo: ‘Adiós risas y adiós agravios. No os veré más, ni me veréis vosotros. Y adiós ardor, adiós recuerdos.’»²²

Cabría concluir con una reflexión general. El trasfondo semántico del tópico estudiado en el verso de Góngora es, como hemos visto repetidas veces, la afirmación de la banalidad de la vida humana y de la mortalidad inherente al hombre (como afirma Javier Marías: «cuán poco va quedando de cada individuo en el tiempo inútil»). Sin embargo, de hecho hemos rastreado una riquísima pervivencia del tópico (y del verso gongorino) en la historia literaria. Por tanto, aunque podamos conceder la razón al contenido semántico (*literario*) del verso, cuando proclama la mortalidad del ser humano, lo cierto es que el verso, *metaliterariamente*, se contradice a sí mismo, pues tópico y verso han alcanzado la permanencia en el tiempo, la trascendencia, la inmortalidad en suma. Se trata, ni más ni menos, del antiquísimo

²¹ Reproduzco el texto recogido en Juan José Lanz, *Antología de la poesía española. 1960-1975*, Madrid, Austral, 1997, 263.

²² J. Marías, *Mañana en la batalla piensa en mí*, Madrid, Anagrama, 1994, 366-367.

tema literario de que, frente a la banalidad de la vida humana, la poesía es un medio para conseguir, o conferir, la inmortalidad²³.

Apéndice. Origen de la acepción obscena de «(echar un) polvo»

Creo que, en relación con el tópico literario estudiado en este artículo, es posible atisbar la etimología de la acepción obscena, tan frecuente, de «polvo» (= coito) y de «echar un polvo» (= realizar el acto sexual) en castellano coloquial y vulgar.

Sobre el posible origen de la acepción no he encontrado ayuda en las obras lexicográficas al uso. Sospecho que la acepción debió de originarse en el siglo XIX, pues no aparece documentada todavía en el siglo XVII (en el *Tesoro* de Covarrubias, de 1611), ni en el XVIII (en el *Diccionario de Autoridades*, de 1737)²⁴. Tampoco recoge la acepción el completo diccionario etimológico de J. Corominas²⁵. Sí es documentada, en cambio, en léxicos generales como la Enciclopedia Espasa (ya en su edición de 1922), y el mismo *DRAE*²⁶, sin que ninguna de las dos obras ensaye una explicación sobre su origen. Se recoge igualmente la acepción en varios diccionarios especializados en léxico malsonante, como el de L. Besses (ya en 1905), J. Martín (1974) o J.M. Oliver (1987)²⁷, si bien no se propone tampoco explicación alguna. Sí hay un intento de explicación en el reciente *Diccionario de argot* de Julia Sanmartín Sáez (1998). Esta autora, tras reconocer la dificultad semántica que en-

²³ Sobre la inmortalidad de la obra literaria, cf. Homero, *Iliada* VI 357-8; Hesíodo, *Trabajos y días* I; Safo, frag. 147 (L.-P.); Píndaro, *Píticas* III 112-15, VI 5-14; Teócrito, XVI 34-47; Ennio, *epitafio*; Virgilio, *Geórgicas* III 8-9, *Eneida* IX 446-9; Horacio, *Odas* II 20, III 30, IV 8, *Epístolas* II 1, 247-250; Propercio III 2; Ovidio, *Amores* I 10, 61-64, I 15, II 15, 19-20, *Ars amatoria* III 339-40, *Metamorfosis* XV 871-9, *Tristia* III 3, 77-80; Marcial VII 84, 5-8, X 2, 9-12, X 26, 7-8; Estacio, *Silvas* II 3, 63-64, III 3, 37-39, V 1, 1-15; *Antología Latina* 972. Como bibliografía, cf. E.R. Curtius, «La poesía como inmortalización», en *Literatura europea y Edad Media Latina*, Madrid-México, F.C.E., 1995 (= 1955), II 669-671 y G. Laguna, *Estacio. Silvas III*, Madrid-Sevilla, Fundación Pastor de Estudios Clásicos-Univ. de Sevilla, 1992, 266-269.

²⁴ Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la Lengua Castellana o Española según la impresión de 1611*, Barcelona, S.A. Horta, I. E., 1943, 876; Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, Madrid, Imprenta de la Real Academia Española, 1737 (reimp. facsimilar: Madrid, Gredos, 1969), v 314-315.

²⁵ J. Corominas, J.A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 1980, IV 599.

²⁶ *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana*, Madrid, Espasa Calpe, 1979 (= 1922), 117; Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Vigésima Primera edición, Madrid, Espasa Calpe, 1992, 1635, s.v. «polvo»: «8. vulg. y coloq. **coito**. Ú. m. En la expresión **echar un polvo**».

²⁷ L. Besses, *Diccionario de argot español*, Barcelona, Sucesores de Manuel Soler, 1905, 133, s.v. «Polvo»; J. Martín, *Diccionario de expresiones malsonantes del español*, Madrid, Istmo (Colección Fundamentos 14), 1974, 228 s.v. «Polvete y polvo»; y J. Manuel Oliver, *Diccionario de Argot*, Madrid, SENA, 1987, 246-247, s.v. «polvo».

traña el sentido obsceno, sugiere una hipótesis de explicación bastante desca- bellada:

«**Polvo**. 1. m. Cópula sexual. El hablante crea en el argot voces con senti- do figurado, pero en muchos casos sin una motivación evidente. ¿Qué rela- ción guarda realizar la cópula sexual con el polvo? Aparentemente ninguna. Quizá el color blanquecino del polvo y del semen. Es una acepción muy usa- da y, por ello, incorporada al *DRAE* como coloquial y vulgar. ◊ *El primer POL- VO de mi vida fue con mi antigua novia*». ²⁸

Mi hipótesis es que hay que partir de la fórmula litúrgica, tan conocida, *Memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris*, que a su vez es variación del texto bíblico de *Génesis* 3, 19. Dicha fórmula litúrgica es muy frecuen- temente parafraseada coloquialmente como «Polvo somos, del polvo venimos y en polvo nos convertiremos». En ese contexto, debió de interpretarse la fra- se «del polvo venimos» con el sentido de «procedemos de una cópula» (esto es: «la vida humana se origina en un acto sexual»). A partir de esa interpre- tación, se explica fácilmente el uso de *polvo* con la acepción de «coito».

Esa bisemia presente en el término *polvo*, que se presta a fáciles chistes²⁹, es comparable en su mecanismo semántico con la bisemia explotada para el término *tierra* (también partiendo de la fórmula *Memento homo, quia pulvis es et in pulverem reverteris*) en el siguiente soneto burlesco, anónimo, del siglo XVI:

Dentro de un santo templo un hombre honrado
con gran devoción rezando estaba;
los ojos hechos fuentes, enviaba
mil sospiros del pecho apasionado.
Después que por gran rato hubo rezado 5
las religiosas cuentas que llevaba,
con ellas el buen hombre se tocaba
los ojos, boca, sienes y costado.
Creció la devoción, y pretendiendo
besar el suelo, porque pretendía 10
que la humildad mayor aquí se encierra,
lugar pidió a una vieja. Ella, volviendo,
el salvonor le muestra, y le decía
«Besad aquí, señor, que todo es tierra». ³⁰

²⁸ J. Sanmartín Sáez, *Diccionario de argot*, Madrid, Espasa, 1998, 693 s.v. «polvo».

²⁹ Como el siguiente que he oído, en que se juega con el doble sentido (funerario y sexual) del término: «¿Qué diría el epitafio de una solterona?... AL FIN, POLVO».

³⁰ Recogido por P. Alzieu, R. Jammes, Yvan Lissorgues (eds.), *Floresta de poesías eróticas del Siglo de Oro*, Toulouse, France-Ibérie Recherche, 1975, 43-44; es atribuido a Diego Hurtado de Mendoza: cf. la edición de J.I. Díez Fernández (ed.), *Diego Hurtado de Mendoza... (op. cit.)*, 391 (texto) y 527 (comentario).